

De lo epidémico a lo endémico

Alfredo Acle Tomasini©

La epidemia del nuevo virus de la influenza amaina, en tanto, la corrupción endémica reinicia su acostumbrado ciclo. ¡En sus marcas! La revelación que confirma lo evidente a través de un libro, un video o un audio. ¡Listos! Los que están a favor o en contra, los indiferentes y los escépticos de siempre se alinean para comenzar. ¡Fuera! El escándalo inicia, ríos de tinta y saliva fluyen en abundancia; “nada se ha probado”; “que se investigue”, “es mejor enterrarlo”, “todo se sabía”. Finalmente, la meta, el anticlimax; no pasa ni pasará nada. Así es, ha sido y seguirá siendo.

Esta tolerancia tan fatal como repetitiva ad-nauseam, nos lleva a preguntar si la honestidad forma parte de nuestros valores y si esto – según sea la respuesta – fortalece o merma el capital social del país, mismo que define la CEPAL como: “el conjunto de relaciones sociales basadas en la confianza y los comportamientos de cooperación y reciprocidad”

Ingenuos somos cuando creemos que la fuerza y efectividad de nuestras instituciones, como son la procuración e impartición de justicia, dependen de la solidez de su marco jurídico y de los recursos con los que cuentan, cuando en la práctica son los valores sociales los que facilitan o pervierten su funcionamiento. Por ende, naciones con leyes similares no necesariamente obtienen de ellas los mismos resultados.

El capital total de una nación se integra por la suma de sus recursos naturales, su capital físico, su capital intelectual, su capital financiero, su capital humano y su capital social. Pero la relevancia de éste último radica en la posibilidad de potenciar o inhibir la contribución de todos los demás. El acervo financiero de un país será negativo si debe más de lo que tiene. Pero también estará en rojos, si sobre los valores sociales priman los antivalores; la impunidad sobre la justicia; la ilegalidad sobre la ética en el servicio público.

En naciones con valores sociales muy arraigados, como la honestidad, éstos tienen un carácter preventivo, porque quiénes los violen, además de enfrentar a la justicia, también, sufrirán la vergüenza social, lo que puede ser tan pesado como las penas que deban purgar.

Desafortunadamente, éste no es nuestro caso. Una persona y su familia pueden ostentar una fortuna cuyo monto y lapso de formación resulten inexplicables. Ni el ahorro proveniente de un trabajo remunerado; ni la inversión en un negocio lícito podrían justificar patrimonios que rebasan con creces lo que muchos mexicanos honrados han podido acumular a lo largo de sus vidas, y durante las cuales han creado empleos y capital productivo.

Pero aunque las cuentas no cuadren, esos “listos” son aceptados socialmente en cualquier ámbito: político, cultural, empresarial, sindical, deportivo, etc. Incluso los medios, a pesar de los secretos a voces, se les abren con obvia desmemoria.

Esta aceptación corrompe, porque si bien los valores sociales no son genes transmisibles por vía hereditaria, si son conductas aprendidas que pasan de una generación a otra. Es factible que los hijos de un servidor público corrupto o de un empresario deshonesto vean no sólo con naturalidad al cohecho como una fuente de ingresos, sino como un rasgo de astucia que puede racionalizarse de manera más sencilla que la ley de la gravedad: “ de que se lo lleve otro, a que te lo lleves tú”

La impunidad envía un mensaje claro: se puede vivir de la ilegalidad y hacerlo evidente; sólo hay que evitar los cabos sueltos, lo cual da origen a una situación perversa porque los recovecos del marco jurídico elaborado para prevenir la corrupción se utilizan, paradójicamente, para legalizarla. Pruébeme que he robado - dijo a quién lo denostaba; y éste respondió- yo lo acuso de ladrón, que no de imbécil.

¿Cuánto ha costado la epidemia de influenza? Muy poco si lo comparamos con el costo de la corrupción. Pero, la carga que ésta le representa a la nación no se limita a las dádivas que se entregan a cambio de favores, sino la lápida que significa tener que considerarla en todo lo que hacemos; el gasto en nuestros procesos electorales son en ese sentido un claro ejemplo. Pero aun si esto es ya muy oneroso, el mayor costo de la corrupción es lo que ella deja torcido, al extremo de que puede implicar la pérdida de vidas humanas. Recordemos los talleres de costura que se derrumbaron en el 85.

Lavarse las manos es útil para combatir la epidemia; pero quizá esto – lavarse las manos - es lo que ha hecho que en nuestro país la corrupción sea una endemia.

